

Te haré invencible con mi derrota

Angélica Liddell en el Teatro Hidalgo

Verónica Bujeiro



Fotografías: Angélica Liddell

EL PÚBLICO ENTRA Y ELLA ESPERA PACIENTE, vestida de blanco cual sacerdotisa preparada para realizar el ritual de su propio sacrificio. Y al bajar las luces, el drama irrumpe tan pronto como ella rompe el silencio: “¿Por qué? Esa es la pregunta del dolor.”

A partir de esta premisa, Angélica Liddell se nos presenta sobre el escenario del Teatro Hidalgo desgarrada y lista para destruir los dogmas de un espectáculo escénico común. Sus acciones, transgresoras en principio de la propia utilería de la que se ve rodeada, escalan hacia la profanación de su propio cuerpo que atraviesa con alfileres y navajas en una especie de rito, ceremonia a la que no sabemos si hemos sido invitados en calidad de espectadores o testigos. Liddell ocupa el espacio escénico a modo de trinchera e invoca a la violonchelista Jacqueline Du Pré como la interlocutora elegida para una ceremonia en la que atestiguamos la indagación íntima de ese lenguaje privado que enuncia el dolor.

Dentro de esa situación intestina en la que sabe que su “¿Por qué?” no obtendrá respuesta, la mujer sobre el escenario parece haber elegido como su compañera de charla a una muerta, pues de los vivos solo ha obtenido traición y sufrimiento: “Pero hoy es un buen día, Jackie. Y en los días buenos se prepara nuestra locura, nuestra enfermedad y nuestra muerte. La locura perfecciona nuestro pensamiento. La muerte perfecciona nuestra vida. Y por eso te digo, Jackie, que ojalá les hubiera conocido a todos ya muertos.”



El escenario se encuentra reticulado en espacios constituidos a modo de pequeñas ofrendas, en donde más que acontecimientos narrativos se suceden descargas emocionales que no contienen un foco de atención preciso, sino el vaivén febril y ansioso de un cuerpo femenino que busca detonar en mil pedazos para así alcanzar una especie de reconstrucción o acaso el bálsamo vil de la resignación: “Hazme sumisa. Quítame la rebelión. ¿Por qué no me quitas la rebelión?”

Quien mira a Angélica sobre aquel escenario se divide entre seguir a este cuerpo hasta sus últimas consecuencias o simplemente permanecer impassible frente a una violencia autoinfligida que parece muy bien calculada tanto en ritmo como en efecto. La directora, actriz y dramaturga gime, grita, improvisa espasmos dentro de su propio artifice y al total de la representación se va sumando un gran vacío que es subrayado por ella misma

cuando al llegar a la última estación de sus ofrendas se desploma ante un horno de microondas para prepararse unas palomitas. Tras verla consumir la bolsa entera, y quizás echarnos en cara que todo su desgaste físico ha sido para nuestro trivial entretenimiento, la actriz desaparece y los aplausos se asoman motivados más por la duda que por el reconocimiento.

La comunión entre el público y la artista se sostiene en el hecho ineludible: ambos hemos sido derrotados, de maneras muy distintas, claro está. A la cabeza vuelve la pregunta con la que ella nos recibió, aunque un poco trastocada: “¿Por qué Angélica Liddell?”

A pesar de ser un espectáculo internacional, cuidadosamente pensado por los programadores del Festival México Centro Histórico, un espectáculo de Angélica Liddell no es susceptible de atraer masas. Quien acude a verla sabe que está en la oportunidad de presenciar a una artista precedida por una fama considerable, en la que premios y festivales internacionales han reconocido su labor dramática tanto en la escena como en el papel. Quienes la alaban, celebran la desnudez de una artista cuya materia prima es la vivencia personal travestida en una especie de extraña literatura que se enfoca en el dolor.

El verdadero peligro de la materia de Liddell es que, bajo el efecto de la representación, el dolor pierde toda su carga emocional y se convierte en mera caricatura de aquello que busca invocar, como una especie de mímica impostora que quiere hacer


pasar lo que tenemos enfrente en calidad de trascendental, pero terminamos por señalar como un “drama” en la peor de sus acepciones. A este padecimiento se suma que, en nuestro país, representaciones extremas de este tipo se enfrentan a un contrincante irrefutable: la realidad. Y así, cuando Angélica se arroja sobre vidrios rotos —con una gruesa cobija de por medio— muchos recordamos aquellos faquires improvisados del metro de la ciudad de México, quienes nos obligan a mirar su dolor de existir sin haber comprado un boleto para ello.

Liddell se nos presenta como funámbula de una cuerda floja en la que la mezcla de *performance* con su cualidad de verdad y el teatro con su consabida mentira se tambalean constantemente, dejándonos ante la duda de si no habremos visto a otro emperador desnudo. Cuando ella se lacera nos alcanza de alguna forma, aquellas heridas que iniciaron el acto han cerrado y las cicatrices también, pero su mayor acierto artístico reside en que dentro del texto dramático persiste la costra como un lenguaje que intenta articular la complicada deriva de una sensación dolorosa. En “Te haré invencible con mi derrota”¹ parecemos ver que ella intenta seguir ese canto, pero también asistimos a otro fracaso pues no lograr evocar de manera verosímil aquella herida original.

La expresión del dolor toma un camino controvertido al proyectarse desde la perspectiva del cuerpo femenino de la propia Liddell, quien en espectáculos como “Venecia” y “Yo no soy bonita”² presenta diversas imágenes del abandono y la humillación tanto de la

sociedad como de ese otro amado, provocando directamente al público mediante la violencia de las palabras, con la intención manifiesta de una catarsis colectiva. El celebrado espectáculo “La casa de la fuerza”, mismo que participó de una gran ovación en el reconocido Festival d’Avignon, echaba mano de la ficción contenida en “Las tres hermanas” de Chéjov para abordar el tema de la violencia de género desde la experiencia propia para proyectarse en el eco universal y descarnado de los feminicidios cometidos en Ciudad Juárez. Y del mismo modo en que otras artistas han utilizado el autorretrato para explorar la identidad y sus entelequias, Liddell lleva también un diario en línea en el que realiza, a modo de retratos, pequeñas puestas en escena pobladas de soledad y autoescarnio;³ un registro por demás fascinante que la aleja de la crítica que pende sobre ella, la de explotar el estereotipo femenino, pues la única bandera que la artista bate constantemente es la de su propia experiencia.

Como espectadores sentimos por ella, a la vez, atracción y repulsión. Somos exultados a la vez que timados, y quizás ella sepa muy bien su juego, pues después de todo es una “profesional certificada”.

Angélica Liddell es sin lugar a dudas un monstruo de la escena contemporánea, “San Jorge y el dragón metidos en un mismo cuerpo”, como la describe un crítico español, ni más ni menos. Y tal como el número principal de un circo de atracciones, su paso por México no podía pasar inadvertido. 

¹ <https://www.youtube.com/watch?v=9QLGfG6MWzk>

² <http://vimeo.com/50456813>

³ <http://solamentefotoss.blogspot.mx/>